

Diversas reacciones en torno a la Encíclica

► "Es la misma idea que inspira a la OIT desde su nacimiento", dice la Organización ► Entusiasta acogida en países latinoamericanos ► Piden obispos polacos a Solidaridad que le aplique

GINEBRA, 16 de septiembre (AP, AFP y EFE). — El director general de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), Francis Blanchard, declaró que la "idea fundamental" de la Tercera Encíclica del papa Juan Pablo II "es la misma que inspira la acción de la OIT desde su nacimiento en 1919".

"La importancia de los patrones laborales internacionales está creciendo y la necesidad es mayor que nunca con respecto a buscar un criterio internacional común, como ha dicho el Papa, en su concepción de que el hombre es lo primero", dijo Blanchard.

El Papa debió pronunciar un discurso ante la OIT en su conferencia anual de junio. El atentado contra su vida cometido el 13 de mayo pasado le impidió cumplir con ese compromiso.

Mientras, la nueva encíclica *Laborem Exercens* (El que hace el trabajo) tuvo una entusiasta acogida y adhesiones en las esferas gubernamentales, sindicales, eclesiásticas y de prensa de los países latinoamericanos.

El gobernante chileno Augusto Pinochet dijo que tras leer la encíclica concluyó que su gobierno "anda bien" en cuestiones laborales.

En Varsovia, los obispos polacos pidieron implícitamente a *Solidaridad* que no "haga política" y que aplique en Polonia la encíclica papal. El documento "contiene una lección importante para el movimiento sindical, así como para los que asumen el poder, y se podría pensar que fue escrita para Polonia cuando el Pontífice expresó que "los justos esfuerzos de los trabajadores deben tener siempre en cuenta las limitaciones impuestas por la situación económica general del país".

En Brasil, los dirigentes políticos de distintas corrientes y de la Iglesia calificaron al documento papal de oportuno e importante y señalaron que la encíclica fue difundida en momentos en que ocurren en el país delicados problemas sociales.

El presidente del Partido Movimiento Democrático Brasileño (PMDB), la principal corriente de oposición, diputado Ulises Guimarães, dijo que uno de los puntos importantes del documento papal es que "aunque no condena la propiedad, la ubica dentro de un contexto social".

El secretario general de la Conferencia Nacional de Obispos de Brasil, el principal órgano de la Iglesia Católica brasileña, Luciano Mendes, opinó que el mensaje papal "significa para el pueblo brasileño, por la coyuntura política actual, una inestimable contribución".

En Argentina, el ministro del Trabajo, brigadier César Porcile, puntualizó su afinidad con los principios del Papa "de rechazar la lucha de clases y exaltar la paz social" y acotó que es importante la concepción del Pontífice sobre el papel que deberán cumplir los organismos gremiales.

El presidente de la Unión de Trabajadores de Colombia, Mario Valderrama, dijo que "contrasta esta incíclica con el reciente documento de la Conferencia Episcopal Colombiana que hace serios enjuiciamientos al movimiento sindical hasta el punto de calificar de subversivos todos los actos del movimiento obrero".

Mientras, la agencia AFP comentó que la encíclica dio un nuevo tono a la doctrina social de la Iglesia, al reafirmar la primacía del hombre sobre las cosas y al condenar de igual modo al capitalismo y al comunismo.

Entre tanto, el Papa habló hoy desde un balcón de su residencia de verano de Castelgandolfo: detrás de un cristal a prueba de balas que le llegaba a la altura del pecho, en una nueva medida tomada para protegerle tras el intento de asesinato de que fue objeto.

UNOMÁS UNO

Reacciones ante la encíclica

Múltiples reacciones ha provocado ya la encíclica papal *Laborem exercens*, principalmente fuera del ámbito católico internacional, dada su naturaleza política, entre los medios gubernamentales, sindicales y periodísticos, con variadas interpretaciones acerca de su significado, alcances y objetivos.

Tan diversas, por ejemplo, como la de Francis Blanchard, director general de la Organización Internacional del Trabajo, que la considera como un apoyo a la actividad de esa organización, y como la del dictador chileno Pinochet, quien se ampara en ciertos aspectos de la encíclica para afirmar, con la mayor frecuencia, que su gobierno mantiene vigentes los principios formulados por Juan Pablo II. Algo similar dijo al respecto el general César Porcile, ministro de trabajo del gobierno militar argentino.

Es evidente que estos últimos quieren aprovecharse de aquellas formulaciones papales favorables a su política reaccionaria, como el rechazo a la lucha de clases y la aspiración a la utópica paz social que predica el documento papal para las sociedades divididas en clases antagónicas. Pero estos dictadores pasan por alto que en la *Laborem exercens* se usa una terminología marxista y hay una especie de reconocimiento a la benignidad del marxismo en la escena política y social. No ayudan a la afirmación papal de que los medios de producción "no pueden ser poseídos contra el trabajo" y ni siquiera "poseídos para poseer", o sea para acumular capital, riquezas y privilegios. Pasan, en fin, por alto que Juan Pablo II no excluye la socialización, "en las condiciones oportunas, de ciertos medios de producción", que la Iglesia ha tenido que reconocer que la acumulación de capital, en todas partes, es el fruto del trabajo de muchas generaciones de obreros y proletarios, y de que toda la encíclica gira en torno a la necesidad de llegar a la copropiedad de los medios de trabajo y a la participación de los trabajadores en la gestión y los beneficios de las empresas, a fin de evitar la confrontación de clases en las naciones capitalistas y la confrontación bélica entre los países de distinto régimen social.

Es verdad que la intención del jefe de la Iglesia católica es la de apartar al proletariado mundial de la senda trazada por el socialismo científico de Marx y Engels, pero tal intención está muy lejos de los propósitos reaccionarios de las dictaduras militares latinoamericanas, que pisotean los derechos fundamentales de los trabajadores, entre ellos su derecho al trabajo y a organizarse en sindicatos libres y democráticos, y más lejos todavía de la justicia social que predica la encíclica *Laborem exercens*.